



EX HUMO

Drama en 4 actos.

Homo dictus, quia ex humo est factus.
(Etimologías, Isidoro de Sevilla)

*Para el muerto, como quien no existe,
desaparece la alabanza.*
(Eclesiástico 17,28a)

*Usted no busca cambiar el mundo.
Aunque se apoye en basura,
busca lo mismo que todos: ascender.*
(Hombres de paja, A.A.F.)





PERSONAJES

GUIDO, duque de Spoleto, rey de Italia (889-894) y emperador carolingio (891-894).

LAMBERTO, duque de Spoleto, rey de Italia (892–898) y emperador carolingio (894-898); hijo de Guido de Spoleto.

BERENGARIO, rey de Italia (888-889/897-901/905-924) y emperador carolingio (915-924).

GISELA, hija de Berengario.

TEODORO, Papa (897-98).

ARNULFO, duque de Carintia, rey de Germania (887-899) y emperador carolingio (896-899).

HUBERTA, hermanastra de Arnulfo y amante de Lamberto.

FORMOSO, Papa (891-896).

LOTARIO, diácono a la sombra de Formoso.

ESTEBAN, Papa (897).





ACTO 1

Pavía. Año 888.

ESCENA I

Solos BERENGARIO y GISELA. Ropas suntuosas. Mientras hablan, ayuda a su padre a engalanarse.

GISELA: ¡Qué felicidad, padre! Hoy toda Pavía os aplaude como rey.

BERENGARIO: Y con ella, así lo espero, se somete Italia.

GISELA: ¿Lo dudáis? ¡Os corresponde por justicia!

BERENGARIO: Solo por sangre, hija, como sobrino de Carlos III, al que apodaban “el Gordo”. Pero sospecho que la sangre no es suficiente; no para un pueblo acostumbrado a los desmanes y a las mudanzas en el poder.

GISELA: Vos ocupáis el cargo por derecho; tampoco dudo de que seréis un buen soberano.

BERENGARIO: El pueblo yace aturdido, tamañas han sido sus desdichas. Vivimos días en que la gente no especula sobre el origen del poder. Del mismo modo, no espera que éste se muestre con ellos demasiado ecuánime. Temo que su decepción los disponga para aceptar... cualquier esperanza.

GISELA: ¡Eso cambiará! ¡Vos mismo haréis que suceda!

BERENGARIO: En ello me comprometo... No obstante, la legítima potestad de los carolingios, bien lo sabes, se divide como un delta en su desembocadura. ¡Demasiadas ramas desde un mismo árbol, demasiadas ambiciones propensas a resultar legítimas!... aunque sea por el veneno o la daga.





GISELA: (*Asustada*). ¿Acaso teméis por vuestra vida? ¿Hoy?

BERENGARIO: (*Menos grave, más consolador*). No, hija, hoy es un gran día. Hoy las fieras se quedarán en sus jaulas, bajo el resplandor de mi cénit. Pero no soy un ingenuo: Italia es más que Italia. Italia es el Papa, Italia es Roma, y la posibilidad de ceñir la corona imperial en los territorios francos y germanos por bendición del Altísimo.

GISELA: Así lo dispuso el gran Carlomagno, fiel a su sueño de unir Europa como en el tiempo de los césares.

BERENGARIO: ¡Palabras muy atinadas! Alabo tu inteligencia, tan impropia de tu sexo...

GISELA: El silencio de nuestra condición; él nos otorga la capacidad para el análisis.

BERENGARIO: En tal caso, sin que ello desluzca esta celebración, presta tu discreta mirada hacia Arnulfo de Carintia. También hacia Guido de Spoleto y su hijo Lamberto. De ellos pueden venir las insidias... (*En un tono más relajado y comprobando el fin de su adorno*). ¿Cómo me ves?

GISELA: Mi madre se sentirá orgullosa.

BERENGARIO: A ella me encamino. Irá de mi brazo como reina consorte. Tú, mientras tanto, apúrate en el encuentro con tu hermana Berta. ¡Italia nos espera!

Mutis de BERENGARIO.





ESCENA II

Sola GISELA, que se coloca su vestido. Entra un nuevo personaje. Se trata de un clérigo, TEODORO.

TEODORO: Señora, vuestra hermana os aguarda.

GISELA: Ah, buen Teodoro, estaba a punto de acudir. (*Piensa*). Mas antes, si me concedéis un instante, quisiera compartir con vos ciertas aprensiones.

TEODORO: Contáis con mi discreción y mi consejo.

GISELA: ¿Podéis informarme sobre ciertos nobles que asisten a la ceremonia de hoy?

TEODORO: Si está en mi mano...

GISELA: ¿Qué me decís de Arnulfo de Carintia?

TEODORO: Sobrino de Carlos “el Gordo”, como vuestro padre. Recibió su parte como rey de Germania, si bien apenas disimula... su apetencia por Italia.

GISELA: Ya veo. ¿Y Guido?

TEODORO: Duque de Spoleto. Él y su hijo encabezan la causa lombarda.

GISELA: ¡Pero tienen sangre carolingia!

TEODORO: Sin embargo llevan asentados en este reino desde su conquista. No dudo de su orgullo en cuanto a su ascendencia franca, tampoco de que la esgrimirán si hace falta; no obstante, en este país y como señores del Spoleto, se sirven de la nostalgia. Bien sabes que Carlomagno arrebató esta tierra a los lombardos por la fuerza, que perdura el resentimiento...

GISELA: ¿Y crees que ellos...?

TEODORO: Para muchos resultan más italianos que vuestro padre, no os quepa duda. (*Silencio reflexivo de ambos*).





Si me permitís, creo que vuestro padre no sufrirá menoscabo mientras cuente con el apoyo de un papa.

GI SELA: Así me lo expresó.

TEODORO: La potestad imperial emana de Dios, y los papas son su voz en la tierra. La disputa por el Sacro Imperio comienza en Italia, donde cada bando apuesta por su propio prelado, aquel que ponga a Dios de su parte.

GI SELA: Resulta sacrílego usar el pontificado para fines tan impropios.

TEODORO: Y a los sucesores de Pedro como corceles de esta carrera. En efecto. No obstante comprobarás, esta misma noche, cómo los jinetes se posicionan, y cómo tantean sus próximas monturas. Hallarán entre ciertos clérigos corruptos el alazán más dispuesto, aquel capaz de cualquier cosa con tal de sentarse en la sede romana. *(En un tono menos grave)*. Mas habéis de perdonarme, me he excedido en la explicación de mis suspicacias. Una doncella como vos, tan joven, no merece tantas sospechas. Hoy la vida os sonríe, ¡disfrutadla!

GI SELA: De ninguna manera, buen Teodoro. No toméis mi edad como excusa para la inocencia. Vos sois un hombre de Dios, leal a Su eterna sabiduría; me place acompañarme de siervos así: astutos como serpientes y mansos como palomas. Agradezco vuestro análisis. Mal subsiste una casa si se asienta en la ingenuidad y en la arena.

TEODORO: Mi gratitud, princesa. Os prometo mi compañía de por vida. Siempre que no os apartéis del recto camino, tendréis mi consejo y mi prudencia.

GI SELA: Sea, me place. Y ahora guiadme a los aposentos de mi hermana y sumemos nuestro gozo a esta jornada festiva.

Salida de ambos.





ESCENA III

Entran ARNULFO y HUBERTA, hermanastros.

HUBERTA: Hermano, lleváis todo el día con la sonrisa atragantada. La gente os mira y percibe una mueca de satisfacción que más parece derrota. ¿Acaso no sabéis disimular la ambigüedad de vuestro rostro?

ARNULFO: ¿Y tú no sabes otra cosa que seguirme, como si fueses mi sombra?

HUBERTA: Sombra soy, pues nací mujer, y mitad de una sombra por saberme bastarda. A la sombra de una sombra que sois vos, igual de bastardo aunque nacido varón.

ARNULFO: ¡Refrena tu lengua, Huberta! ¡No quiero saber de tus quejas lastimeras, hoy no! ¡Hoy no me apetece dedicar un instante a tu llanto de autocompasión! Una rabia, como dices, mal disimulada, azota mi rostro. Sonríe por el ascenso de mi primo... mientras lo odio en secreto.

HUBERTA: Algunos os llamarían “primastro”, igual que vos y yo nacimos de distintas madres, de diferentes... rameras.

ARNULFO: ¡Calla! ¡Mi padre Carlomán me reconoció como su hijo legítimo! En cuanto a ti... ¡agradece mi bondad por mantenerte cerca!

HUBERTA: *(Con falsa afección).* Es cierto, Arnulfo; sin vos sería como ese pobre roedor que se alimenta sin permiso bajo la mesa del banquete. ¿Qué digo?, ¡soy ese roedor! Solo que vos me habéis concedido un lugar más acorde a mi condición: ¡soy el comensal de la alfombra!

ARNULFO: ¡De nuevo esa lástima por ti misma! ¿Hasta cuándo?





HUBERTA: El perro se contagia con las cuitas de su amo. Tal vez si fueseis vos, y no Berengario, el monarca de Italia, este can no aullaría a la luna.

ARNULFO: De manera que te lamentas por mí.

HUBERTA: ¿Cómo no, si mi suerte está unida a la vuestra como la de un pez a la corriente?

ARNULFO: Muy a menudo me pareces un salmón, que saltas desde mis aguas a la inversa.

HUBERTA: ¡No paguéis conmigo vuestra frustración, señor! El difunto Carlos os depuso...

ARNULFO: ¡Basta! Además, ¿ahora me llamas “señor”?, ¿no soy tu hermano?

HUBERTA: Soy como ese junco, que según sople el viento o haga sol, se tumba o se yergue.

ARNULFO: Si tanto dependes de mi ánimo, no me sirves como consejera. Buscaré otra compañía con la que consolar mi tristeza.

Hace ademán de salir.

HUBERTA: Siento no ser tan buena sombra... Mas sonreíd o rabiad, mentid o plantad cara; vuestra faz de esfinge concede lugar a la debilidad y a la cobardía, vuestra ambigüedad puede ser malinterpretada.

Mutis de ARNULFO, fastidiado.





ESCENA IV

Sola HUBERTA.

HUBERTA: ¡Estúpido! ¡Un hombre surgido como yo, de la mugre, sin más aliento que el que se otorga! Gime como galgo apaleado porque otro ocupa el espacio que tanto ansía, solloza porque un podenco le ha sacado una zancada a dos pasos de la meta. ¡Necio pusilánime! ¡Seguro que planea el comienzo de una guerra! ¡Hazla, hermano, si te place, que yo intentaré asegurar mi tajada, ganes o pierdas! ¡Pues no es mi sino mendigar la sombra de un árbol solamente, sino ascender a las ramas de quien mejor me cobija! (*Mira hacia fuera*). Por ahí se aproxima Esteban, precisamente. Ese sacerdote me facilitará la escalera que me suba hasta Lamberto.



ESCENA V

Entra ESTEBAN, con ropas eclesiásticas. Ambos.

ESTEBAN: ¡Aquí os encuentro, señora! ¿Y vuestro hermano Arnulfo?

HUBERTA: Por ahí se pasea, huyendo de leones y cazando palomas.

ESTEBAN: ¿Cómo?

HUBERTA: Que no lo necesitamos, padre, a lo que parece, pues ambos anhelamos la intimidad para nuestros asuntos. ¿Me equivoco?

ESTEBAN: A vos no os puedo mentir; en efecto, mi pregunta por Arnulfo resultaba ociosa. Os prefiero en soledad porque traigo un recado de Lamberto.

HUBERTA: Lamberto ocupa mis pensamientos, mas no sé si me corresponde.

ESTEBAN: En más de una ocasión os he anunciado su entusiasmo. El problema proviene de Guido.

HUBERTA: Su padre no me juzga con buenos ojos.

ESTEBAN: Así es. Os mira y solo ve una cortesana...

HUBERTA: Cortesana soy, como todas. Ninguno de esos nobles hace remilgos cuando nos tienen en su cama.

ESTEBAN: Mas reinan y tienen hijos con su consorte. Y vos, si no me equivoco, aspiráis a mucho más que satisfacer vuestros instintos.

HUBERTA: Los instintos llegan muy lejos y algunos se visten de refinados. Sin embargo, no os lo niego: mi deseo es sentarme en el trono junto a Lamberto, cuando él y su padre reinen en Italia... quién sabe si también en todo el Imperio.





ESTEBAN: Nuestra relación funciona porque somos sinceros. También albergo una ambición: llegar a papa.

HUBERTA: Vos papa y nosotros emperadores; ¡Dios de nuestra parte! No obstante, os referíais a un recado...

ESTEBAN: ¡En efecto! Se sabe que Berengario quiere a Arnulfo fuera de su corte. Su sitio es Germania, como rey, sosteniendo las fronteras contra húngaros y vikingos.

HUBERTA: No descubris nada nuevo.

ESTEBAN: Habréis de partir con él, ya que sois su hermanastra...

HUBERTA: (*Reacia*). Me obliga la necesidad.

ESTEBAN: O también quedaros aquí, en Italia, en el ducado de Spoleto.

HUBERTA: ¿Cómo? ¿Insinuáis que Lamberto...?

ESTEBAN: ¡Os quiere cerca, en su casa! Y tal es su resolución que se ve capaz de plantar cara a su padre sobre este asunto. He aquí mi recado.

HUBERTA: ¡Sin duda una noticia que me llena de gozo!... aunque también me intranquiliza.

ESTEBAN: ¡Pues cómo, señora!

HUBERTA: Porque el triunfo de permanecer junto al ser que anhelo no conjura mis aprensiones. ¿En calidad de qué me invitan al Spoleto?, ¿soy puta o soy dama?, ¿cortesana... o prometida? ¿Acaso está dispuesto Lamberto a tomarme como su reina?

ESTEBAN: Todo se andará...

HUBERTA: Dijo un cojo.

ESTEBAN: Lamberto os ama, no lo dudéis. Se siente presto a vencer un obstáculo, las reticencias de su padre, mas vos ya soñáis con un reino sin Guido y en vuestra sola compañía. ¡Largo trecho os resta hasta entonces! El chico





únicamente os tiende su mano para que lo ayudéis a emprender tan ardua senda.

HUBERTA: ¡Y yo se la tomo con fruición, pues nuestras ambiciones armonizan! Perdonad mi impaciencia.

ESTEBAN: Vicio es de juventud, que ve lejanas sus metas... aunque la vida es muy corta. Yo os apoyaré en todo, así me comprometo, siempre que pueda sentarme en la silla de Pedro. Ahora os exijo que dejéis obrar a Lamberto respecto a su padre, para que pueda satisfacer vuestro deseo sin encender su cólera. Paciencia. (*Mira hacia fuera*). Por allí los veo llegar, será mejor que los dejemos platicar sin estorbo.

ESTEBAN invita a salir a HUBERTA. Mutis de los dos.





ESCENA VI

Entran GUIDO y LAMBERTO.

GUIDO: ¡Ahí los tienes, hijo mío! ¡Muchos lobos de mirada torva! Con o sin disimulo, ambicionan lanzar una dentellada a Berengario.

LAMBERTO: Algunos de modo especial, como ese Arnulfo.

GUIDO: Que no sabe qué cara poner...

LAMBERTO: Nosotros no somos distintos.

GUIDO: Sí lo somos, ¡y mucho! Nadie como nosotros conoce este país, nadie goza de más simpatía entre el vulgo lombardo ni posee tantos apoyos en la Curia romana. ¡Somos italianos, no francos ni germanos! Nadie desea un rey que los gobierne en la distancia.

LAMBERTO: ¿Significa que tomaremos el poder apenas se descuide Berengario?

GUIDO: Significa, hijo mío, que este reino nos pertenece por derecho, y con él el control de sus papas. Significa que cualquiera de ellos no dudará en elevarnos a la altura de emperador siempre que defendamos su territorio de la impiedad de los sarracenos. Y significa que para cobrar el Sacro Imperio, antes hemos de escoger al candidato idóneo para portar la tiara.

LAMBERTO: ¡Conozco a ese candidato! Un clérigo fiel a nuestros intereses, rico en sagacidad y libre de escrúpulos.

GUIDO: (*Ceñudo*). Sé a quién te refieres. También el motivo de tu apuesta.

LAMBERTO: Se llama Esteban...

GUIDO: ¡Y actúa como alcahuete de tu furcia!

LAMBERTO: ¡Padre!

